



9. ¿QUÉ SABEMOS ACERCA DEL PASADO PREHISPÁNICO DE LOS LLANOS ALTOS OCCIDENTALES DE VENEZUELA? RECORRIENDO EL CAMINO ABIERTO POR LOS ARQUEÓLOGOS

Juan Carlos Rey González¹

RESUMEN

Esta contribución pretende sistematizar la información arqueológica disponible con respecto a los grupos humanos que habitaron los llanos altos occidentales de Venezuela en tiempos prehispánicos; esbozando una imagen general con respecto a la historia de esta región antes de la llegada de los conquistadores europeos. Más que una síntesis de los diferentes trabajos arqueológicos y publicaciones sobre los llanos occidentales, se pretende hacer un “bosquejo general” del pasado prehispánico, asumido como un período histórico, tal y como puede ser entendido hoy a partir de los datos disponibles. Así, se aborda el pasado prehispánico de los llanos altos occidentales a partir de tres períodos: **1)** El período temprano, comprendido entre 1000 AC y 500 DC.; **2)** El período intermedio, el cual abarca desde el 500 DC hasta el 1300 DC; y, **3)** El período tardío, que abarca del año 1300 DC al 1500 DC. Además, en una sección adicional, se abordan algunos de los datos etnohistóricos que dan cuenta de la diversidad poblacional de la región al momento de la penetración europea. Usando como referencia las investigaciones arqueológicas que han sido desarrolladas desde la década de 1960, se logra construir una visión diacrónica, marcada por complejos procesos de cambio y adaptación en una zona cuyo desarrollo poblacional ha sido tradicionalmente marginado (al menos en los últimos 200 años), desde una visión apoyada en la tradición historicista que ha generado la falsa noción del llano como un territorio que siempre ha contado con una baja densidad demográfica y una organización socio-política “pobre”; un territorio donde las principales actividades de subsistencia estaban confinadas exclusivamente a la agricultura de conuco y vega; así como a la ganadería tras el establecimiento europeo.

ABSTRACT

This contribution aims to systematize the archaeological information available for the human groups that inhabited the western lowlands (“Los Llanos”) of Venezuela in pre-Hispanic times, outlining a general picture regarding the history of this region before the arrival of the European conquerors. More than a synthesis of the different archaeological works and publications on the western plains, the aim is to make a “general outline” of the pre-Hispanic past, assumed as a historical period, as it can be understood today from the available data. Thus, the pre-Hispanic past of the western high plains is divided in three periods: **1)** The early period, between 1000 BC and 500 AD; **2)** The intermediate period, which covers from 500 AD to 1300 AD; and, **3)** The late period, which ranging from 1300 AD to 1500 AD. Furthermore, in an additional section, some of the ethnohistoric data that account for the population diversity of the region at the time of European penetration are addressed. Using as a reference the archaeological investigations that have been developed since the 1960s, it is possible to construct a diachronic vision, marked by complex processes of change and adaptation in an area whose population development has been traditionally marginalized (at least in the last 200 years)

1. Departamento de Teoría y Métodos, Escuela de Antropología, FACES, UCV, Caracas, Venezuela; juancarlosreygonzalez@gmail.com

due to a vision supported by the historicist tradition that has generated the false notion of the plain as a territory that has always had a low demographic density and a “poor” socio-political organization; a territory where the main subsistence activities were confined exclusively to conuco and vega agriculture; as well as livestock farming after the European establishment.

INTRODUCCIÓN

En la actualidad es ampliamente aceptada la idea de que la historia de Venezuela no comienza con la llegada de Colón a las costas de Paría en 1498. Un ejemplo claro de esto son publicaciones como el libro colectivo “El pueblo venezolano. 15000 años de historia”, editado en Caracas en 2017 por el Centro Nacional de Estudios Históricos (Sanoja et al., 2017); y, la “Historia mínima de Venezuela”, coordinada por Elías Pino Iturrieta y publicada por El Colegio de México en 2018 (Pino Iturrieta, 2018). Sin embargo, en muchos de estos textos es palpable la desconexión entre relatos historicistas sobre el período prehispánico y aquellos que han sido esbozados directamente por los arqueólogos, a partir de sus propias investigaciones.

Esta contribución surge de una inquietud personal con respecto a la forma en que ha sido difundido nuestro conocimiento con respecto al pasado prehispánico de los llanos altos occidentales venezolanos (y posiblemente con respecto al pasado prehispánico de toda Venezuela); ya que, por lo general, los textos de historia regional no dan cuenta de los procesos sociales que vivieron las poblaciones prehispánicas llaneras y que los arqueólogos vienen conociendo, al menos desde la década de 1960 (e.g., Zucchi, 1967, 1975, 1978; Zucchi y Denevan, 1979; Garson, 1980; Spencer y Redmond, 1992, 2014; Gassón, 1998; Redmond et al., 1999; entre otros).

En su mayoría, los textos históricos abordan el pasado prehispánico desde uno de tres enfoques: **1)** Desde una perspectiva etnohistórica “plana”, orientada únicamente a la descripción de las poblaciones indígenas descritas por los conquistadores europeos, sugiriendo (al menos implícitamente) que estos grupos serían los mismos (o muy similares) a aquellos que se asentaron inicialmente en la región; **2)** Desde una perspectiva cronologista, influenciada por la arqueología normativa y enfocada en la sucesión temporal de

estilos y series cerámicas, sin reparar en las personas y tampoco en los fenómenos sociales que generan los cambios en el registro arqueológico; y **3)** Desde una perspectiva teoricista, enfocada en modelos generales con respecto a la organización y modos de vida de las poblaciones prehispánicas, y usando el registro arqueológico de la región solo de forma “ilustrativa”, sin enfocarse en las particularidades sociales y variedad de procesos locales que pudieran cuestionar dichos modelos.

Ahora bien, los textos producidos por los arqueólogos también presentan “debilidades” ya que, en su gran mayoría, concentran su atención en los procesos metodológicos y analíticos que han permitido hacer alguna inferencia con respecto a aspectos muy específicos de las sociedades del pasado. Muchas veces estas inferencias y sus implicaciones en la comprensión de los procesos sociales quedan “ocultas” tras páginas de argumentos teóricos y metodológicos, descripciones minuciosas de sitios y materiales arqueológicos, comparaciones y series estadísticas, croquis, mapas y modelos geográficos. Esto ha hecho que los textos arqueológicos sean “cifrados” y de muy difícil acceso para legos o profesionales de otras disciplinas; quedando así nuestras nociones del pasado prehispánico como parte de un conocimiento manejado exclusivamente dentro del pequeño nicho del “gremio arqueológico”.

Aquí se pretende brindar algún avance para la resolución de este problema a partir de la sistematización de la información arqueológica disponible con respecto a los grupos humanos que habitaron los llanos altos occidentales de Venezuela (dentro de la gran cuenca del Río Orinoco) en tiempos prehispánicos; esbozando una imagen general con respecto a la historia de esta región antes de la llegada de los conquistadores europeos.

Una de las dificultades más serias que encuentran los arqueólogos al momento de reconstruir el pasado, es la de humanizar o encontrar a las personas detrás

de la cultura material. Por esta razón, muchas veces parece darse un salto inconexo entre series, fases o complejos arqueológicos, definidos a partir de restos materiales, y pueblos o comunidades indígenas descritas por los cronistas. Esta es una realidad en los llanos altos occidentales; ya que, mientras las crónicas históricas refieren directamente a un gran número de grupos indígenas que ocupaban el territorio para el momento de la conquista, lo único que realmente conocemos de los habitantes del territorio llanero antes de la penetración europea son los restos materiales que dejaron en el terreno. A pesar de estas limitaciones, los estudios arqueológicos brindan la posibilidad de conocer, de una forma bastante acertada, las características de las sociedades del pasado y los procesos en que se vieron involucradas. Así, más que una síntesis de los diferentes trabajos arqueológicos y publicaciones sobre los llanos occidentales, en esta contribución se pretende hacer un “bosquejo general” del pasado prehispánico, asumido como un período histórico, tal y como puede ser entendido hoy a partir de los datos disponibles.

¿QUIÉNES, CUÁNDO Y CÓMO ABRIERON EL CAMINO?

Una historiografía de la arqueología de los llanos altos occidentales venezolanos pudiera remontarse a los primeros años de la penetración europea en la zona, ya que desde el siglo XVI fueron recurrentes los reportes sobre restos de antiguas estructuras de tierra que, a pesar de haber sido levantadas por los indígenas de la región, al momento de ser observadas por los conquistadores presentaban señales de haber sido abandonadas mucho tiempo atrás (Cey, 1994; Castellanos, 1997; Carvajal, 1956). Estas estructuras, así como los restos cerámicos asociados a ellas, siguieron llamando la atención de viajeros, intelectuales y académicos, quienes dejaron observaciones y comentarios hasta mediados del siglo XX (e.g., Humboldt, 1985; Pidgeon, 1858; Alvarado, 1989; Bingham, 1909; Oramas, 1917; Jahn, 1973; Salas, 1997).

Como en muchas otras zonas del país, la arqueología moderna llegó a los llanos altos occidentales de Venezuela en la década de 1950

gracias a las investigaciones de José María Cruxent (1952), quien al crear el marco cronológico general de la arqueología venezolana junto a Irving Rouse identificó en el área de Barinas (Estado Barinas) los estilos cerámicos Agua Blanca y Caño del Oso (este último relacionado con las estructuras de tierra que abundaban en la zona) (Cruxent y Rouse, 1961). Sin embargo, solo fue en la década de 1960 cuando, gracias al dedicado trabajo de Alberta Zucchi, se dio inicio a los estudios sistemáticos e intensivos en la zona. Inicialmente, el trabajo en el sitio La Betania le permitió a Zucchi (1966) la identificación de una serie de características en la cerámica; entre ellas, nuevas formas de vasijas, no identificadas hasta la fecha en el occidente del país. Esto le permitió definir la Serie Osoide (integrada por dos estilos cronológicamente consecutivos: Caño del Oso y La Betania) como una nueva serie cerámica en la “cronología arqueológica venezolana” (Zucchi, 1967). A partir de este trabajo pudieron ser identificados también, entre los rasgos de las cerámicas más tardías excavadas en la zona, elementos culturales propiamente amazónicos, tales como la presencia de restos de budares (grandes platos de arcilla cocida usados generalmente para la preparación de productos derivados de la yuca, como el cazabe o el mañoco) y el uso de “caraipé” como antiplástico (producto con un alto contenido de sílice, obtenido a partir de las cenizas de la corteza del árbol del caraipé, el cual brinda a los alfareros la posibilidad de producir las vasijas más finas y livianas) (Zucchi, 1967). Posteriormente, en Hato La Calzada, Zucchi (1972a, b) pudo identificar fechas tempranas para las cerámicas policromas de la región, alrededor de 920 antes de Cristo (AC) y relacionar el inicio de la construcción de estructuras de tierra con la última fase de Caño del Oso, entre 500 y 550 después de Cristo (DC) (Zucchi, 1972a, b). Además, las investigaciones en el sitio Caño Caroní le permitieron a Zucchi (1975) formular una primera aproximación ecológica al estudio de las corrientes migratorias prehispánicas y sus dinámicas de adaptación y organización social. La ocupación de Caño Caroní y la construcción de grandes sistemas artificiales de campos drenados para el cultivo fue interpretada entonces como consecuencia de una expansión tardía de portadores de cerámica Arauquinoide desde el Orinoco Medio, del 1200 a

1400 DC (Zucchi, 1975). Finalmente, ya entrada la década de 1970, con el fin de comprender la manera en que se relacionaron los cambios en la demografía y patrones de asentamiento a partir de la intensificación de la agricultura, Zucchi trabajó en colaboración con William Denevan, concentrando su atención en el sitio Caño Ventosidad. Su trabajo les permitió proponer que el surgimiento de técnicas de intensificación agrícola, a partir del levantamiento de estructuras de tierra, fue una respuesta a la presión generada por el crecimiento demográfico en un ambiente llanero que limitaba la productividad. Además, también se logró establecer una secuencia cultural formada por los complejos cerámicos El Choque, Punto Fijo y Copa de Oro (Zucchi y Denevan, 1979).

Seguidamente, Adam Garson desarrolló la investigación de campo para su tesis doctoral en la región de Hato La Calzada. Este estudio, enfocado desde una perspectiva procesual, permitió la definición de patrones de asentamiento diferenciales entre los sitios habitacionales osoides; asimismo, identificar variaciones en el tipo, cantidad y tamaño de los animales que eran consumidos en estas comunidades. Estos hallazgos, y su asociación con las diferentes construcciones de tierra, permitieron que Garson (1980) sugiriera que en aquella zona se desarrolló una sociedad jerárquica, organizada a partir de una unidad política de tipo cacical.

Durante la década de 1980, Charles Spencer y Elsa Redmond dieron inicio a un ambicioso estudio arqueológico regional en una amplia extensión que, además de incluir los llanos, comprendía parte del piedemonte entre los ríos Canaguá y Curbatí del Estado Barinas. En la zona llanera Spencer y Redmond (1992) definieron los complejos Gaván y Caño Seco. El complejo Gaván (300–1000 DC), relacionado estilísticamente a la serie Osoide, fue dividido en dos etapas: Temprana (300–550 DC) y Tardía (550–1000 DC); correspondiendo, en cierta medida, a la clasificación ya hecha por Zucchi (1967) de los complejos Caño del Oso y La Betania. Igualmente, el complejo Caño Seco (1000–1500 DC) presentaba características similares y era contemporáneo al complejo Caño Caroní (Redmond y Spencer, 1990, 2007). El análisis regional permitió que Spencer y Redmond (1992) identificaran un drástico crecimiento demográfico en los llanos a

partir de 550 DC. La explosión demográfica estuvo acompañada por el establecimiento de una red comercial de intercambio a larga distancia, el surgimiento de patrones de asentamiento que evidenciaban diferenciación social y jerárquica con expresiones, tanto a nivel comunitario como a nivel doméstico, y el inicio de la construcción de estructuras de tierra asociadas a la producción agrícola, al mantenimiento de la cohesión regional y a la defensa de las aldeas principales, en una sociedad en que la guerra debió haber sido endémica. Esto llevó a que Spencer y Redmond (1992) plantearan la existencia de una unidad política cacical que habría controlado la región de manera coercitiva durante la etapa Gaván Tardía.

A finales de la década de 1990, Rafael Gassón, inspirado principalmente en el trabajo de Spencer y Redmond —aunque también influenciado por Zucchi, quien dirigió su tesis de licenciatura (Gassón, 1987)—, dio inicio a lo que pudiéramos llamar el “último gran proyecto arqueológico” que se ha realizado en los llanos altos occidentales. Trabajando en una región contigua a la región de Gaván, entre los ríos Ticoporo, Acequia y Anaro del Estado Barinas, Gassón (1998) fijó su atención en el que ha resultado ser el sitio habitacional prehispánico de mayor extensión en todos los llanos venezolanos: El Cedral. Haciendo énfasis en los aspectos de la economía política de las sociedades prehispánicas, el trabajo de Gassón permitió determinar que, a pesar del crecimiento demográfico vivido alrededor del año 500 DC, la capacidad productiva del medio ambiente llanero no jugó un papel constrictor, por lo que el surgimiento de técnicas para intensificar la producción agrícola debió estar relacionado principalmente a estrategias surgidas como respuesta a la complejización en la organización política regional. Al identificar el sitio El Cedral como la capital de un cacicazgo, Gassón (1998) planteó que, al menos en el caso de esta unidad política, parecieran haberse desarrollado estrategias de control diferentes a las descritas por Spencer y Redmond (1992). A pesar de reconocer la guerra como un factor presente en la zona en tiempos prehispánicos, en lugar de una dinámica de tipo coercitivo, en El Cedral pareciera haberse desarrollado una dinámica de atracción de los diferentes poblados de la región hacia la gran aldea central (y por tanto a sus líderes) a

partir de rituales y festejos ceremoniales, afianzados en diferentes elementos ideológicos (Gassón, 1998). Un trabajo de reflexión conjunto permitió a los tres investigadores señalar que durante el período 500–1300 DC en todos los llanos altos deben haber surgido cacicazgos que desarrollaron diferentes estrategias de control y expansión, fusionándose entre sí y viviendo procesos de fisión, en una dinámica cíclica (Redmond et al., 1999).

Finalmente, sería importante señalar que Gassón, además de reorientar su trabajo al estudio del impacto humano en el paisaje llanero durante el Holoceno (Sánchez et al., 2017; Leal et al., 2019), impulsó el desarrollo de varias tesis de grado (a nivel de licenciatura y maestría) que complementaron el conocimiento del pasado prehispánico llanero a partir del estudio de los restos zooarqueológicos (Rodríguez, 2002), los patrones de asentamiento regionales (Rey González, 2003), la diferenciación entre las unidades domésticas prehispánicas (Villalba, 2004), la relación entre patrones de asentamiento y disponibilidad de recursos agrícolas (Vargas, 2011) y la identificación de áreas de actividad a partir de suelos antrópicos (Arriojas, 2016).

LOS LLANOS ALTOS OCCIDENTALES Y SU POBLACIÓN EN TIEMPOS PREHISPÁNICOS

Las llanuras del Orinoco (Fig. 1) han sido vistas por los arqueólogos como una gran zona de interacción indígena, donde los principales ríos sirvieron como vías que comunican la Cordillera de los Andes, la Costa, la Cuenca Amazónica y Guayana. De ahí que toda la zona llanera revista una especial importancia para comprender nuestro pasado prehispánico.

Los llanos altos occidentales son aquellos que, dentro de la gran cuenca del Río Orinoco, ocupan los actuales estados Cojedes, Portuguesa, Barinas y las zonas altas de Apure. Estos llanos no son homogéneos, ni topográfica ni climáticamente. Esta diversidad, se ve reflejada en la heterogeneidad cultural de los grupos humanos que los han habitado. Su poblamiento en tiempos prehispánicos fue el resultado de una serie de movimientos migratorios desde la cuenca del Orinoco y fue protagonizado por grupos principalmente provenientes de las regiones

amazónicas, los cuales utilizaron el enramado fluvial como principal vía de penetración.

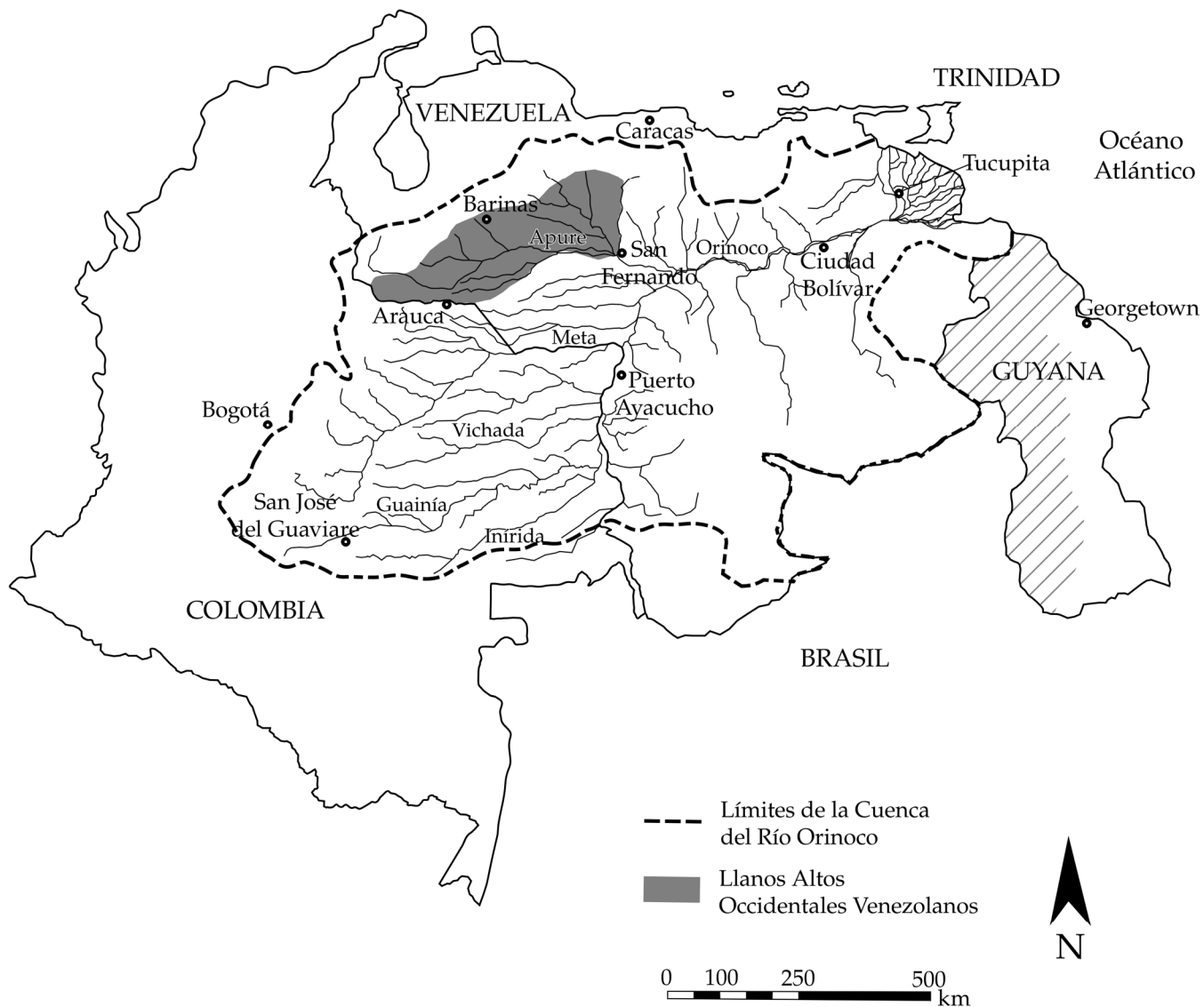
A pesar de que los arqueólogos han construido una cronología general del poblamiento llanero usando diferentes denominaciones para “complejos arqueológicos”: Caño del Oso, La Betania y Caño Caroní (Zucchi, 1975); o, Gaván Temprano, Gaván Tardío y Caño Seco (Spencer y Redmond, 1992); estos son correspondientes entre sí. Por esta razón, con el fin de generar una visión unificada del pasado prehispánico de la región, en este texto usamos de manera general, para todos los casos, las denominaciones propuestas por Zucchi (1975). Así, el poblamiento prehispánico de los llanos altos occidentales puede dividirse en tres grandes períodos claramente definidos: **1)** El período temprano, comprendido entre 1000 AC y 500 DC, el cual se caracterizó por la presencia de grupos portadores de cerámica correspondiente al estilo Caño del Oso; **2)** El período intermedio, el cual abarca desde el 500 hasta el 1300 DC y se caracteriza por la presencia de grupos portadores de cerámica del estilo La Betania; y, **3)** El período tardío, que abarca del año 1300 al 1500 DC y se caracteriza por el surgimiento y expansión de grupos Arauquinoides, entre ellos principalmente los portadores de cerámica perteneciente al estilo Caño Caroní.

Los procesos humanos ocurridos en cada una de estas etapas poseen características propias y particulares, las cuales son tratadas en cada una de las siguientes secciones. Además, en una sección adicional, se abordan algunos de los datos etnohistóricos que dan cuenta de la diversidad poblacional de la región al momento de la penetración europea.

PERÍODO TEMPRANO (1000 AC – 500 DC)

Iniciar esta periodización en 1000 AC no pretende ser una sentencia determinante con respecto a la idea de que los llanos fueran un territorio “vacío” antes de dicha etapa. De hecho, la ocupación de los llanos puede haber sido previa. Sin embargo, en tanto la edafología llanera supone altos índices de sedimentación de sus suelos, así como una importante acumulación y superposición de estratos a lo largo del tiempo, los restos culturales más

MAR CARIBE



CRONOLOGIA

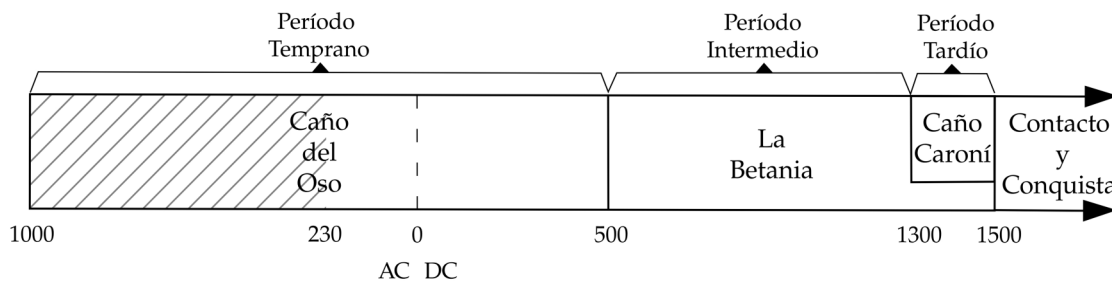


Figura 1. Ubicación y cronología relativa de los llanos altos occidentales venezolanos.

antiguos se encuentran enterrados a una profundidad considerable de la superficie, dificultando su localización. Así, aunque la fecha de ocupación más antigua que se ha registrado para la región es 920 AC, los datos previos al año 230 AC son muy escasos (Zucchi, 1972b). Esto hace que cualquier interpretación que pueda hacerse para fechas tan tempranas sea discutible. Se desconoce el origen geográfico de estos primeros pobladores; sin embargo, se ha sugerido que éste debería buscarse hacia el Sur, entre las tierras bajas orientales de Colombia y Ecuador. En todo caso, durante ese período inicial estos grupos humanos deben haber sido poco numerosos y muy dispersos, ocupando apenas las regiones centrales del Estado Barinas y tenido una muy baja interacción con los demás grupos indígenas que de lo que hoy es Venezuela (Zucchi, 1972b). Sin embargo, a partir del año 230 AC aumentó el número de asentamientos y su extensión, reflejando un primer incremento en la población. Desde aquel momento se extendió la ocupación de los llanos hasta el estado Portuguesa y aumentó el contacto e intercambio con otros grupos, principalmente asentados al norte (entre las zonas altas de Barinas y la depresión Lara–Yaracuy) (Zucchi, 1967).

Los restos dejados por estos primeros grupos pertenecen al complejo Caño del Oso, el cual fue definido por los arqueólogos principalmente con base en las características de los objetos de cerámica (Fig. 2). Esta es una cerámica con una amplia gama de formas, generalmente angulares. Entre ellas se incluyen: cuencos, platos y vasijas de pedestal, vasijas biconvexas de dos cuerpos, tapas campaniformes, coladores y botellas. Estas piezas poseen una decoración pintada, monocroma o policroma, donde pintura roja o marrón generalmente fue aplicada sobre engobe blanco o rojo. Entre los motivos más comunes de su decoración se identifican grupos de líneas paralelas acompañadas por otros elementos, tales como espirales, círculos, áreas de color y puntos (Figs. 3 y 4). Además, quienes elaboraron esta cerámica también dejaron otro tipo de restos; tales como manos de moler y metates, hachas pulidas, pulidores, moletas de mortero, cuentas de collar, pendientes, agujas, figulinas antropomorfas y zoomorfas, bolas de boleadoras y volantes de huso; elementos que definen las características de este

complejo (Zucchi, 1999).

Estos pueblos eran sedentarios y vivían en pequeñas aldeas autónomas, conformadas por unas pocas viviendas (seguramente de estructura palafítica), ubicadas en las áreas más elevadas de la sabana como un método de protección frente a las inundaciones estacionales (Zucchi, 1967). Estos grupos además de adaptarse al ambiente llanero comenzaron a transformar su paisaje, principalmente a partir de la quema de vegetación, la cual debió estar relacionada directamente con actividades agrícolas (Leal et al., 2019). Su subsistencia estuvo basada principalmente en el cultivo del maíz, la pesca, la caza y la recolección. Sin embargo, la producción de alimentos variaba tanto espacial como estacionalmente; teniendo relación directa con la disponibilidad de recursos. Durante las lluvias la agricultura debe haber constituido la principal fuente de alimentos; mientras que, durante las estaciones secas, la pesca, la recolección y la caza deben haber sido las actividades más importantes. Así mismo, se ha indicado una diferenciación geográfica en el consumo de peces (principal fuente de proteínas para estas poblaciones), la cual está asociada a la cercanía de los sitios de vivienda con los ríos principales (Garson, 1980).

Alrededor del año 500 DC los llanos bajos en la sección media del Río Orinoco fueron ocupados por grupos indígenas portadores de cerámica Arauquinoide. Estos grupos, relacionados con poblaciones de habla caribe, generaron una importante influencia en toda la región, llegando a alcanzar los llanos altos y trayendo consigo una serie de cambios los cuales han sido identificados a partir de la definición de un nuevo complejo arqueológico: La Betania (Zucchi y Denevan, 1979).

PERÍODO INTERMEDIO (500 DC – 300 DC)

La cerámica elaborada por los pobladores de los llanos altos a partir del año 500 DC (y perteneciente al estilo La Betania) sigue siendo el principal rasgo arqueológico que ha quedado de estas poblaciones. Esta cerámica conserva la mayoría de las formas del estilo Caño del Oso, pero, adicionalmente, incluye budares y un grupo de vasijas globulares y múltipodas. En cuanto a su decoración, además de

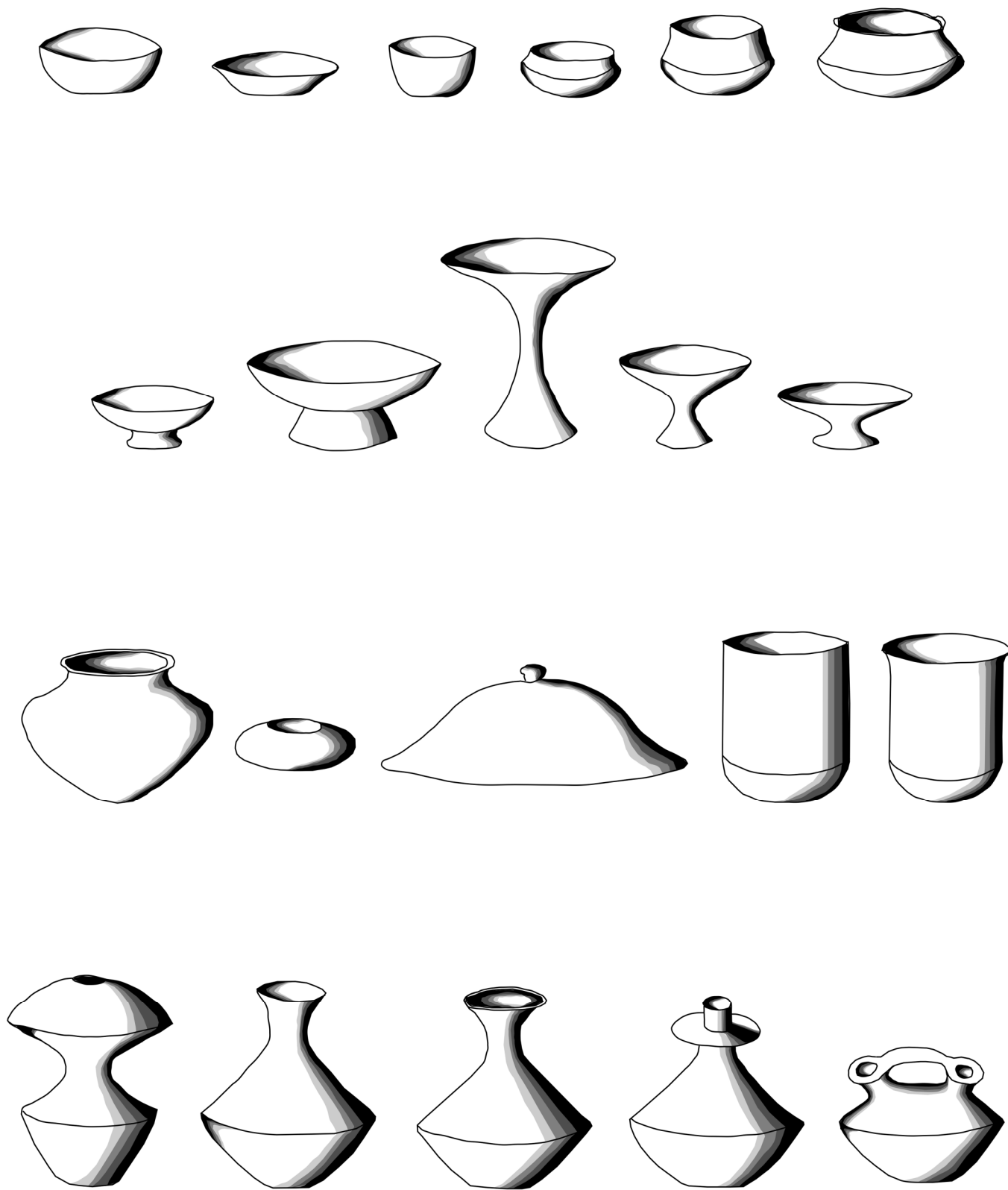


Figura 2. Formas de vasijas del complejo Caño del Oso (modificado de Zucchi, 1972b).

mantener las características de la pintura de Caño del Oso, el estilo La Betania se caracterizó por la aplicación de pequeños apéndices modelados y una serie de impresiones de cestería en los budares; un rasgo distintivo de la influencia que generaron los grupos Arauquinoides que se habían comenzado a asentar en el Orinoco Medio en aquel momento (Zucchi, 1999).

Si bien son importantes los cambios en la cerámica, los cambios culturales que se dieron desde el año 500 DC superan ese ámbito. A partir de aquella fecha se presentó un aumento poblacional repentino y drástico en todos los llanos altos occidentales. De acuerdo con los datos que se manejan, específicamente en la región de Gaván (la cual abarca unos 450 km²) antes del año 500 DC únicamente había tres comunidades, con una población de alrededor de 75 personas; pero, a partir de esa fecha, crecería hasta 32 el número de comunidades y éstas acumularían alrededor de 3135 habitantes (Gassón, 1997). Esto implicó que se desarrollaran nuevas dinámicas de organización y ocupación territorial. Así, se organizaron una serie de unidades políticas cacicales a lo largo del territorio llanero, las cuales se comportaban como confederaciones regionales, independientes entre sí, bajo una estructura interna jerárquica. Estas unidades establecieron toda una serie de relaciones complejas con otras regiones, entre las cuales se incluyen el intercambio a larga distancia y la guerra.

Cada una de las unidades políticas organizó el asentamiento de sus comunidades en el territorio de manera jerárquica. A pesar de que aún existirán pequeñas aldeas, similares a las del período anterior, también surgirán nuevos asentamientos de mayor tamaño. Algunos de ellos serán aldeas medianas (con extensiones superiores a 3 hectáreas.), caracterizadas por la presencia de unas pocas estructuras monticulares de tierra; pero otros llegarán a caracterizarse por su gran tamaño (con extensiones superiores a 30 hectáreas), la presencia de un mayor número de estructuras monticulares y su delimitación perimetral por terraplenes que, en su momento, debieron estar coronados por empalizadas defensivas (Redmond et al., 1999). Así, las grandes comunidades centrales funcionarían como capitales regionales, encontrándose conectadas por medio de una red de terraplenes a aldeas medianas que, a su vez, ejercían control

sobre las pequeñas aldeas o caseríos que se asentaban en sus cercanías (Spencer y Redmond, 1992; Gassón, 1998).

A partir de este período se intensifican las actividades de transformación del paisaje llanero. Además de las quemadas regulares que modificaron la cobertura vegetal de la zona, se dará inicio a la modificación intencional de las diferentes unidades de relieve (bancos, bajíos y esteros) a partir de la construcción de canales y diques, creando así de sistemas que incrementaban las capacidades agrícolas de los suelos y propiciaban la intensificación de la producción. Esto supuso la capacidad para producir más alimentos de los que eran necesarios para cubrir los requerimientos de toda la población, generando excedentes que permitían el financiamiento de las actividades de las élites regionales (Spencer et al., 1994; Gassón, 1998; Gassón y Rey González, 2006).

Por mucho tiempo los arqueólogos centraron su foco de atención en los motivos que impulsaron la intensificación de la producción agrícola en los llanos, generándose dos perspectivas divergentes. Zucchi y Denevan (1979) sugirieron que la intensificación agrícola debió ser una respuesta adaptativa ante los requerimientos alimenticios de una población creciente en un medio ambiente llanero de “alto riesgo” y con una baja capacidad productiva. Spencer et al. (1994) plantearon que la intensificación agrícola no surgió, en todos los casos, como una respuesta al crecimiento demográfico ni a ningún tipo de presión poblacional, sino como una estrategia productiva correspondiente a una serie de necesidades económicas específicas en el desarrollo de la jerarquización social. Finalmente, Gassón (1998) procuró poner a prueba ambas hipótesis y demostró que, en la región de El Cedral, a pesar de que se desarrollaron importantes sistemas para la producción agrícola de manera intensiva, no existió una población tan numerosa como para superar la capacidad de carga del ambiente llanero; por lo que, al menos en este caso, la presión demográfica no debe haber sido la causa para surgimiento de la agricultura intensiva.

Adicionalmente, estas poblaciones establecieron otras estrategias de cultivo relacionadas con sistemas agro-tecnológicos de baja visibilidad, tales como huertos o jardines domésticos ubicados en las periferias de las aldeas, no relacionados directamente



Figura 3. Tiestos pintados monocromos y policromos de platos de pedestal y botellas Caño del Oso (modificado de Zucchi, 1972b).

con la presencia de terraplenes. Todos estos sistemas supusieron la adaptación de las técnicas agrícolas a la explotación de los diversos microambientes llaneros (Arriojas, 2016) (Fig. 5). Sin embargo, pese a la intensificación y diversificación de sistemas, las actividades de subsistencia no parecen haber cambiado mucho con respecto a las de la gente de Caño del Oso, a excepción de la introducción del cultivo de la yuca, el cual habría resultado de la influencia amazónica, traída por las poblaciones que venían expandiéndose desde el Orinoco hacia los llanos.

El incremento poblacional supuso también la disponibilidad de una mayor fuerza de trabajo. Sólo así fue posible dar inicio al levantamiento de las estructuras de carácter monumental, hechas de tierra, que caracterizarían este período: montículos y terraplenes (denominados como “calzadas” en la literatura arqueológica de la zona) (Rey González, 2011). Los montículos generalmente eran de forma cónica o piramidal y variaban enormemente en su tamaño y altura (se han registrado diámetros desde 100 m hasta 5 m, y alturas desde 17 m hasta apenas unos pocos centímetros) (Rey González, 2011). Aunque no se ha comprobado definitivamente, es muy posible que los más altos tuvieran funciones simbólicas y ceremoniales, mientras que los más bajos sirvieran como bases de viviendas.

Los terraplenes también presentan una gran variación en extensión y altura (se han registrado algunos que llegan a extenderse por más de 10 km mientras que otros apenas recorren unos pocos metros y alturas varían desde 7 m hasta 50 cm) (Rey González, 2011). Los terraplenes generalmente conectaban comunidades, delimitaban espacios o controlaban el flujo de agua, suponiendo una estrategia adaptativa para facilitar el tránsito por el ambiente llanero estacionalmente inundable (Cruxent, 1966; Denevan, 1991). Sin embargo, las características propias de algunos de ellos demuestran que no todos cumplieron esa función. Según Cruxent (1966), es posible que los terraplenes también hayan servido como cotos o cepos de caza, como pisos de viviendas y como campos de cultivo. También se ha planteado que éstos pudieran haber funcionado como barreras y diques de control del flujo de aguas durante la temporada de lluvias (Zucchi, 1984), como barreras de protección ante otros elementos naturales

además del agua, tales como el viento y el fuego (Gassón, 1998), como vías para facilitar la rápida concentración y el efectivo desplazamiento de fuerzas militares a través de cada unidad política (Redmond y Spencer, 1995; Spencer y Redmond, 1998), como barreras defensivas o como marcadores territoriales (Gassón, 1998; Redmond y Spencer, 1990, 1995; Spencer y Redmond, 1992, 1998), como mecanismos de control del flujo de productos agrícolas desde los campos de cultivo hacia la capital regional (Redmond y Spencer, 1995; Spencer y Redmond, 1992, 1998) y como canalizadores del desplazamiento de la población en el proceso de concentración de mano de obra (Gassón, 1998; Gassón y Rey González, 2006). Además, también se ha propuesto que algunos de los terraplenes pudieron jugar un papel fundamental en ámbitos simbólicos y religiosos (Rey González, 2003, 2011). En definitiva, es muy posible que los terraplenes llaneros fueran estructuras multifuncionales pues, además de reunir simultáneamente tanto un carácter conector como un carácter divisor, no estaban necesariamente enmarcados dentro de un único contexto (Rey González, 2011).

La magnitud monumental de todas estas obras de infraestructura da cuenta de la capacidad que deben haber tenido estas sociedades para planificar, organizar y dirigir de manera centralizada una gran fuerza de trabajo; la cual debió ser empleada tanto para construirlas como para darles mantenimiento. Esto solo pudo ser posible gracias a las nuevas cualidades que asumiría organización sociopolítica de estos grupos.

Además de las características que ya han sido descritas, los arqueólogos han podido identificar algunos elementos que sugieren que en esta etapa se desarrolló una marcada diferenciación social a partir del surgimiento de élites que se distinguieron del común de la población. Entre estos rasgos están: 1) El tratamiento que se daba a algunos difuntos (reflejado en los patrones de enterramiento y los ajueres funerarios) (Spencer y Redmond, 1992, 2014; Redmond y Spencer, 2007); 2) El tamaño y los conjuntos de artefactos asociados a las diferentes unidades domésticas (los cuales incluyen bienes exóticos llegados a la zona a partir de extensas redes de comercio e intercambio) (Spencer y Redmond, 1992, 2014; Redmond y Spencer, 2007; Villalba,

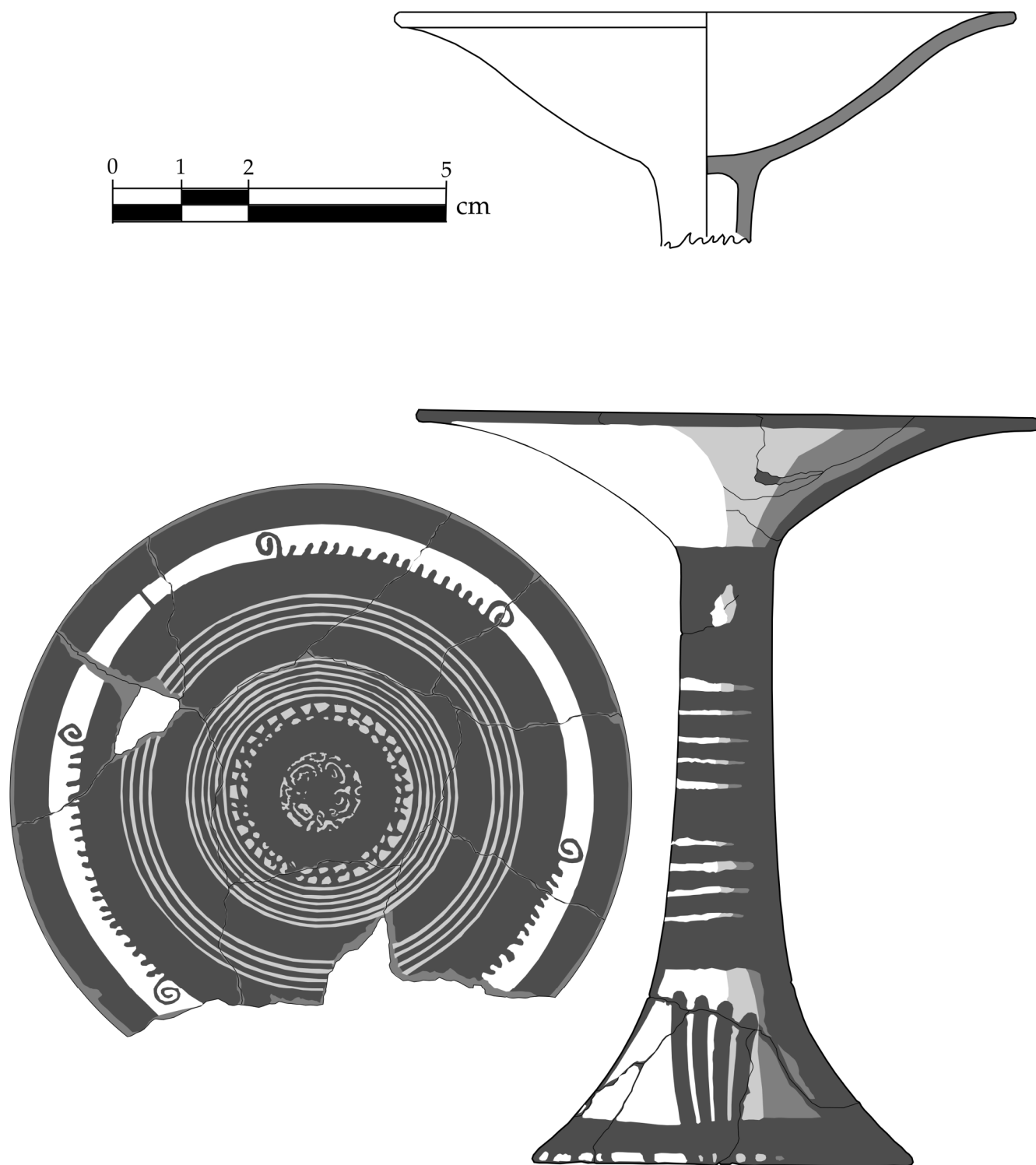


Figura 4. Plato de pedestal policromo, estilo Caño del Oso (modificado de Zucchi, 1966).

2004); y **3**) Patrones diferenciales en el consumo de alimentos, principalmente reflejados en las principales fuentes de proteínas de cada comunidad, de acuerdo a su “nivel” en la estructura regional (Garson, 1980; Rodríguez, 2002).

Paralelamente a estas relaciones de desigualdad, basadas principalmente en la jerarquía, Spencer y Redmond (2015) han planteado que también, durante este período, las sociedades llaneras deben haberse organizado a partir de relaciones duales en dos niveles: **1**) Una “polaridad complementaria ligada al género” a nivel de las unidades domésticas; y **2**) Una organización a lo interno de las comunidades basada en fracciones o grupos exogámicos, con residencia virilocal.

Aunque no llegaron a desarrollar un aparato burocrático para su control, las élites de cada región centralizaron el poder a partir de diferentes estrategias (Redmond et al., 1999). Es muy posible que la sacralización del poder y la construcción de obras monumentales pueda haber fortalecido las diferencias verticales entre los habitantes de cada unidad política. De hecho, la forma en la que se distribuyen las estructuras al interior de algunas de las comunidades más grandes presenta patrones recurrentes que reflejan ciertas ideas normativas con respecto al orden de los espacios comunales que pudieran estar relacionados con la legitimación simbólica del poder de las élites. Principalmente, la orientación hacia el noroeste de las redes de terraplenes y las plazas centrales de algunos de estos sitios pudo estar relacionada con eventos astronómicos alrededor del solsticio de verano (Rey González, 2011) (Fig. 6). Esto, además de la presencia de figulinas femeninas y “piedras verdes” talladas representando anfibios, es clara evidencia de importancia simbólica y ceremonial que tuvo para estas sociedades el reconocimiento de la relación de los ciclos agrícolas con la productividad y fertilidad de la tierra (Gassón, 1999).

A pesar de que se tienen reportes un gran número de sitios arqueológicos caracterizados por restos materiales correspondientes al complejo La Betania, a partir de las investigaciones arqueológicas únicamente han podido ser identificadas cuatro de estas unidades políticas prehispánicas; cada una de ellas ubicada en torno a los restos de una comunidad que pudo ser en algún momento una “capital

regional”: **1**) Hato la Calzada, **2**) Gaván, **3**) El Cedral y **4**) Las Lomitas (Garson, 1980; Spencer y Redmond, 1992, 2014; Redmond y Spencer, 2007; Gassón, 1998; Rey González, 2003; Vargas, 2011).

La comparación entre las características de las regiones de Gaván y El Cedral ha permitido a los arqueólogos poner en evidencia grandes diferencias entre ellas: **1**) La capital regional de El Cedral, de unas 135 hectáreas (ha) excede 4 veces en tamaño a Gaván (35 ha); **2**) El número de centros secundarios en El Cedral es mayor que en Gaván y algunos de ellos equivalen e incluso exceden en tamaño a la capital de Gaván; **3**) Los campos elevados de El Cedral están asociados directamente a la capital regional, mientras que en Gaván se encuentran próximos a un centro secundario; **4**) La red de calzadas que une la capital con los secundarios en El Cedral, es mucho más extensa que la de Gaván (Redmond et al., 1999). La extensión del territorio y el tamaño de las aldeas son también expresión de patrones demográficos diferentes. Para este período la población de Gaván debe haber oscilado entre las 2000 y 3000 personas, mientras que la población total de El Cedral debió ser de entre 4000 y 6000 personas (Vargas, 2011).

Todas estas diferencias sugieren que, a pesar de que ambas unidades fueron contemporáneas, al menos en algún momento de su desarrollo, y a pesar que los instrumentos y las técnicas agrícolas en ambas eran similares, las relaciones en marcos institucionales que modelaron los procesos económicos y políticos en cada una de ellas podrían haber presentado diferencias fundamentales; ya que, seguramente, gestaron estrategias diferentes para mantener el control de manera centralizada (Gassón y Rey González, 2006).

En el caso de Gaván, el control y poder político aparentemente se basó en la centralización demográfica y una integración regional fuerte. Indicios, como la evidencia del sacrificio de prisioneros, la presencia de una empalizada en el terraplén que delimitaba la capital regional y las evidencias del abandono de esta aldea a causa de un ataque masivo, llevaron a plantear que la guerra debe haber sido un fenómeno endémico y además esencial para la consolidación e institucionalización del liderazgo de las élites (Spencer, 1998). Allí, la producción de excedentes agrícolas pudo haber sido

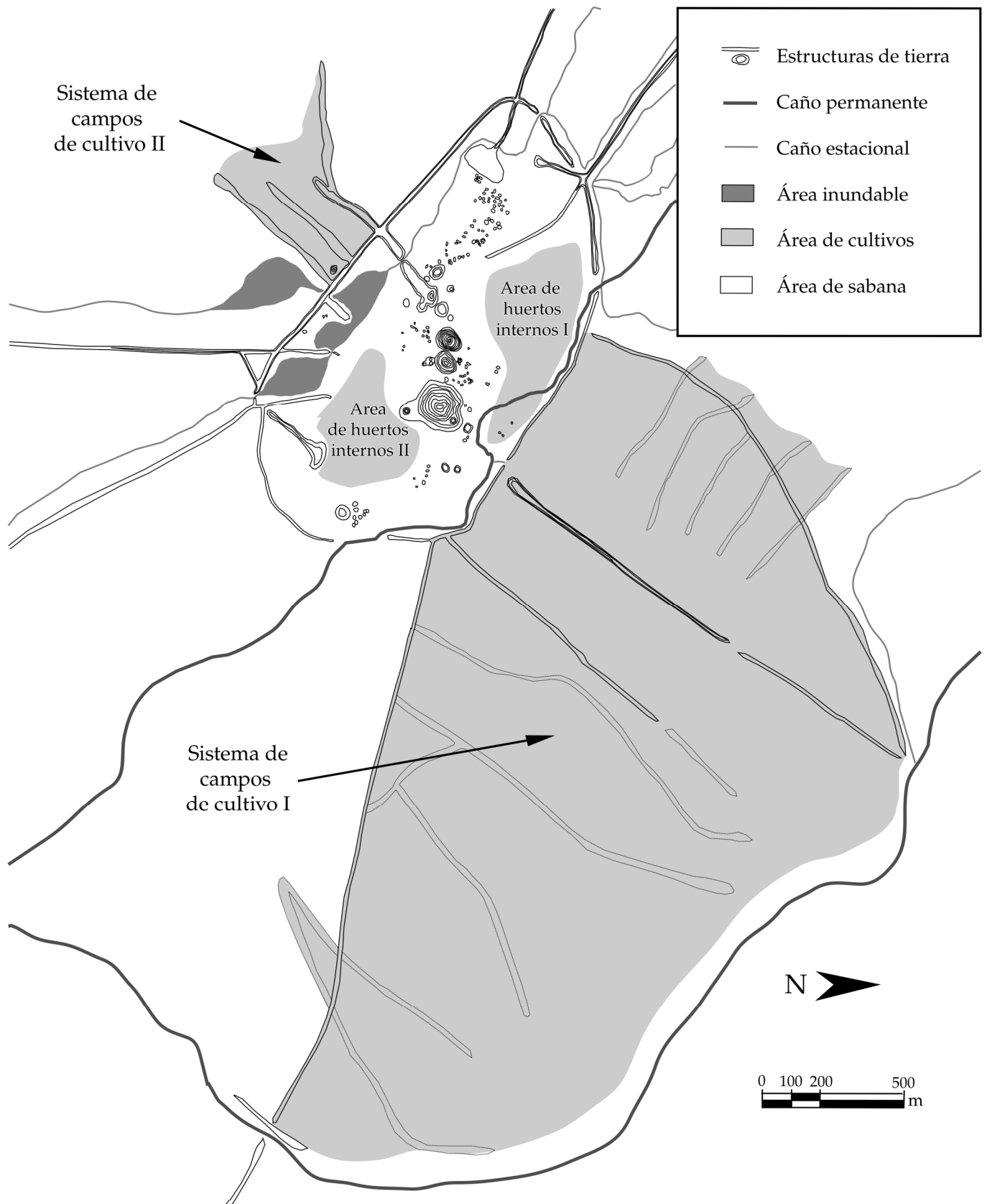


Figura 5. Aldea principal de El Cedral y sus principales áreas de producción agrícola (basado en Gassón, 1998; Rey González, 2003; Arriojas, 2016).

llevada a cabo sobre todo por los habitantes de los sitios de menor jerarquía, siendo después acumulados y redistribuidos en la capital regional bajo el control de las élites; las cuales usaban mecanismos coercitivos o ideológicos que se expresaban en el estatus de los guerreros y la ceremonialización del poder (Spencer, 1998). De acuerdo con Spencer (2013), en la región de Gaván se deben haber generado algunos períodos de gran cohesión de las comunidades periféricas, con fines de garantizar la defensa de la capital regional, como parte de un proceso mucho más amplio de cooperación negociada entre los líderes centrales y los demás pobladores de la unidad política.

En cambio, en El Cedral se pudo haber desarrollado una estructura menos rígida; ya que, aparentemente, las élites habrían basado su poder en el control y concentración de la población en uno de los sistemas de relieve menos productivos de la zona, cuya capacidad solo fue incrementada mediante la modificación intencional del terreno (Vargas, 2011). Esto supuso que la producción de excedentes fuera controlada directamente por las elites desde la capital regional; lugar desde donde estos excedentes eran repartidos para afianzar lazos y uniones que permitieran fortalecer el control de las demás comunidades de la zona. En este caso, la presencia en la capital regional de una gran cantidad de vasijas para procesar el maíz y producir chicha, así como un gran número de vasijas para servir estos alimentos, ha llevado a señalar la posibilidad de que los excedentes agrícolas fueran usados en algún tipo de festejos ceremoniales, tal y como se señala en algunas descripciones etnográficas suramericanas (Gassón, 1998, 2003). Además, a pesar de hacer énfasis en el desarrollo de estrategias diferentes en cada unidad política, Gassón (2009) ha criticado la propuesta “belicista” de Spencer y Redmond para Gaván, argumentando que el énfasis en la guerra como factor central en la consolidación de los cacicazgos responde a una excesiva influencia teórica de un modelo mesoamericano que no corresponde a la realidad de los llanos y tierras bajas suramericanas. En todo caso, es muy probable que, desde el marco de cada estrategia, se establecieran relaciones de competencia y conflicto entre las elites de cada región por el control de mano de obra y bienes

exóticos, los cuales eran los verdaderos “recursos críticos” para aquel momento, en lugar del control de más territorios (Redmond et al., 1999; Gassón y Rey González, 2006).

Entonces, a pesar de que la guerra estuvo presente en toda la zona, las tendencias a la centralización en cada unidad política estuvieron relacionadas a mecanismos de negociación vinculados a factores agrícolas y mágico/religiosos y no bélicos. Y, si bien hay indicios de relaciones bélicas, la guerra no debe haber sido un fenómeno endémico; más bien, es muy posible que la misma tuviera un fuerte componente ritual, que involucraba principalmente a los grupos de élite (Vargas, 2015).

Estas relaciones de competencia y conflicto deben haber generado en algunos casos procesos de fusión y absorción de unidades políticas entre sí, pero también procesos de fisión y desaparición de otras unidades. Por ejemplo, dada su cercanía y solapamiento, es muy posible que Las Lomitas haya surgido como una capital regional, pero, en algún momento de su desarrollo, su posición haya sido arrebatada por El Cedral, como capital de una nueva unidad política de mayores dimensiones (Fig. 7). Sin embargo, aún es necesario profundizar en las investigaciones arqueológicas en torno a estos procesos ya que el registro arqueológico regional se presenta “a simple vista” a manera de “palimpsesto”, dando cuenta solo del estado de los asentamientos en la última etapa de ocupación, y no de sus procesos de surgimiento, desarrollo, interacción y colapso.

Finalmente, a pesar del gran tamaño de estas poblaciones y de su aparente plasticidad organizativa, alrededor del año 1200 DC sus registros se vuelven difusos, llegando prácticamente a desaparecer ante la llegada de nuevos grupos humanos, provenientes del Orinoco. Así, se ha sugerido la posibilidad de que el colapso de las unidades políticas del complejo La Betania pudo estar relacionado con el período de calentamiento global descrito para finales del primer milenio DC, el cual trajo largas temporadas de sequía en la región (Gassón, 1998); siendo muy posible que, tras este colapso, algunos de los últimos habitantes de El Cedral se desplazaran hacia el suroeste, a las zonas altas de los llanos occidentales colombianos (Vargas, 2017).

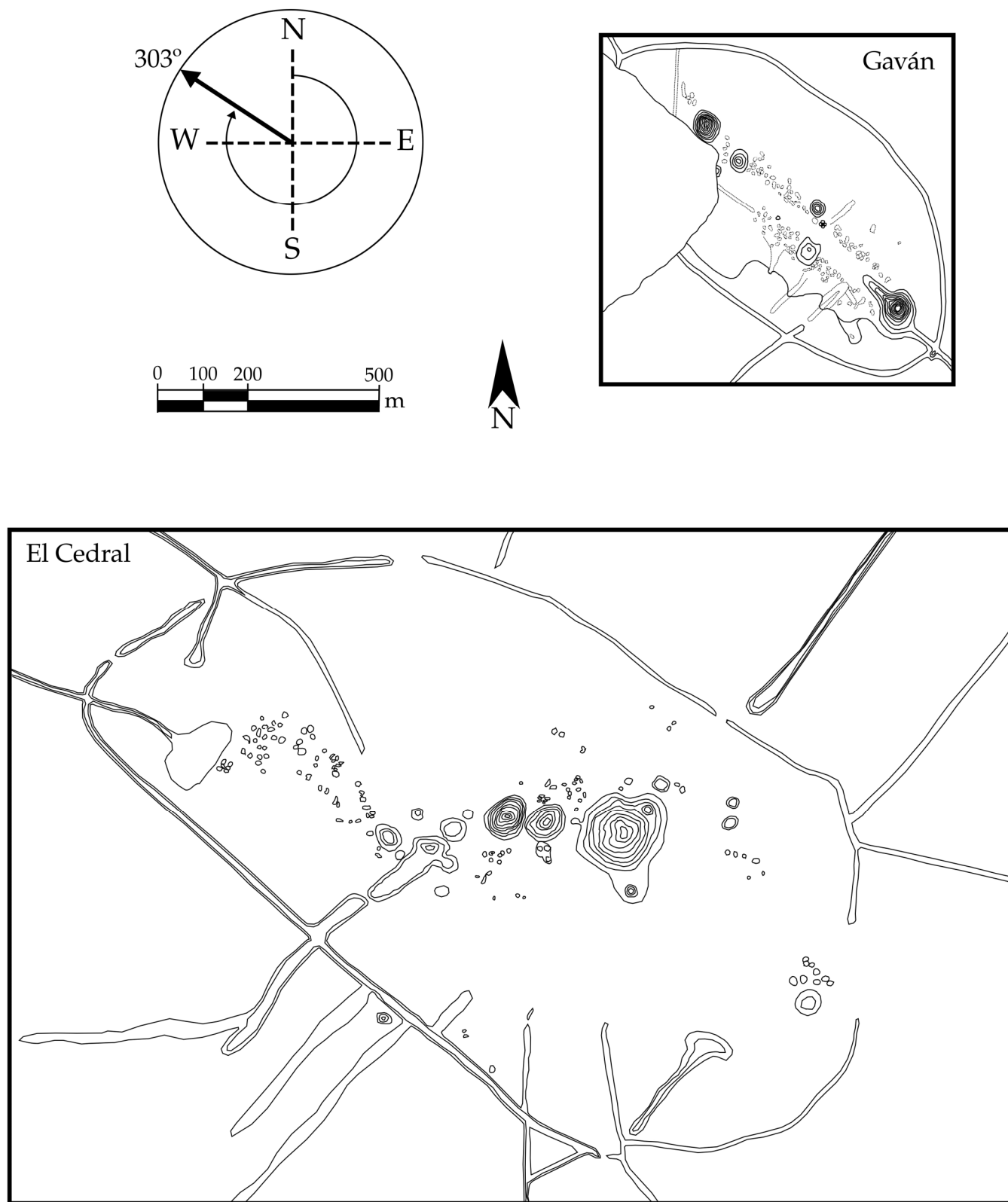


Figura 6. Esquema comparativo de las aldeas principales de Gaván y El Cedral (modificado de Rey González, 2003).

PERÍODO TARDÍO (1300 DC – 1500 DC)

Después de su asentamiento inicial en la gran curva del Orinoco, aproximadamente en el año 500 DC, la población Arauquinoide parece haber ocupado gradualmente las sabanas adyacentes de los estados Apure, Bolívar y Guárico (Zucchi, 1975). Las similitudes de esta población con características de algunos grupos amazónicos, tales como el cultivo de la yuca y la preferencia por ocupar los ambientes silvícolas dentro de las sabanas (matas y bosques de galería) pareciera señalar su origen, dando cuenta de las grandes áreas llaneras de interacción.

Ese proceso de expansión se incrementó a partir del año 1000 DC, tanto hacia el Bajo Orinoco como hacia los llanos occidentales a través del Río Apure, llegando a alcanzar importantes áreas de los estados Barinas y Portuguesa (Zucchi, 1975). Pese a la reducción de las poblaciones previamente asentadas en los llanos altos, no existen evidencias claras de que estos nuevos grupos desplazaran a aquellos. De hecho, la aparición conjunta de materiales de ambos grupos pareciera sugerir cierta contemporaneidad en algún período (Zucchi, 1967; Redmond y Spencer, 2007); asimismo, los pocos datos provenientes de la zona norte de los llanos occidentales (actuales estados Portuguesa y Cojedes), también sugieren una serie de relaciones de interacción intensas y permanentes entre los grupos llaneros y aquellos de la depresión de Lara-Yaracuy para el período comprendido entre los años 1000 y 1500 DC (Gassón, 1987; Gómez y Gómez, 1996).

De los nuevos grupos, el primero en asentarse en los llanos fue el caracterizado por el Complejo Caño Caroní (Zucchi, 1999). Este complejo presenta dos tipos de alfarería. La primera es burda y gruesa, tiene superficies irregulares y fue utilizada para las vasijas grandes, tales como boles redondeados, vasijas tubulares, en forma de cono trunco y piriformes, o budares. Su decoración consiste en motivos rectilíneos pintados en rojo, marrón o negro sobre un engobe blanco sobre la superficie sin pintar. La segunda alfarería es fina y tiene superficies bien alisadas o pulidas, y presenta formas sencillas, tales como boles y platos, con una decoración similar (Zucchi, 1999). Además de Caño Caroní, en base a las características de los restos cerámicos, en los llanos altos occidentales han sido identificados otros

complejos para el mismo período temporal: El Choque, Punto Fijo y Copa de Oro. El complejo El Choque se caracteriza por una alfarería con desgrasante de tiestos molidos, bordes con perfil triangular o rectangular, decoración de impresiones digitales e incisiones lineales finas y profundas; así como una variada gama de formas, las cuales incluyen boles redondeados y botellas de cuerpo lenticular. El complejo Copa de Oro se caracteriza por una alfarería con desgrasante compuesto por partículas minerales, tiestos molidos, arcilla y espículas de esponja; una variada gama de formas, con rasgos como rostros humanos aplicados, impresión de cesterías, asas verticales simples o multicintadas y patas de vasijas con decoración pintada. El complejo Punto Fijo se caracteriza por una alfarería con cauxí como desgrasante, decoraciones de líneas incisas finas y aplicaciones (Zucchi, 1978; Zucchi y Denevan, 1979).

Estas nuevas poblaciones procuraban asentar sus poblados (los cuales eran de un tamaño reducido) cerca de cursos de agua, en bosques de galería o en matas aisladas en la sabana. Posiblemente, dentro de la tendencia de las culturas de selva tropical a ocupar las áreas cercanas a los ríos por sus condiciones ambientales más favorables, pueden haber surgido presiones demográficas en estos hábitats específicos. De ser así, estas presiones deben haber provocado la expansión de la población hacia otros sectores tierra adentro, dando lugar a la progresiva emigración hacia zonas alejadas de este ambiente de selva tropical (Zucchi y Denevan, 1979).

Al igual que para los antiguos habitantes de la zona, para estos nuevos pobladores durante las estaciones lluviosas la agricultura constituyó la principal actividad de obtención de alimentos, mientras que durante la sequía, la cacería, la recolección, la pesca y la preparación de los conucos, deben haber sido las actividades más importantes (Zucchi, 1975). Aunque fue abandonada la construcción de montículos o terraplenes, estos grupos siguieron modificando el paisaje y construyendo campos para la intensificación del cultivo que ocupaban grandes áreas a lo largo de caños permanentes. Tal es el caso del sitio Caño Ventosidad, el cual abarca una extensión de al menos 15,5 km² (Fig. 8). Así mismo, a partir del año 1300 DC parece haber aumentado la caza de mamíferos

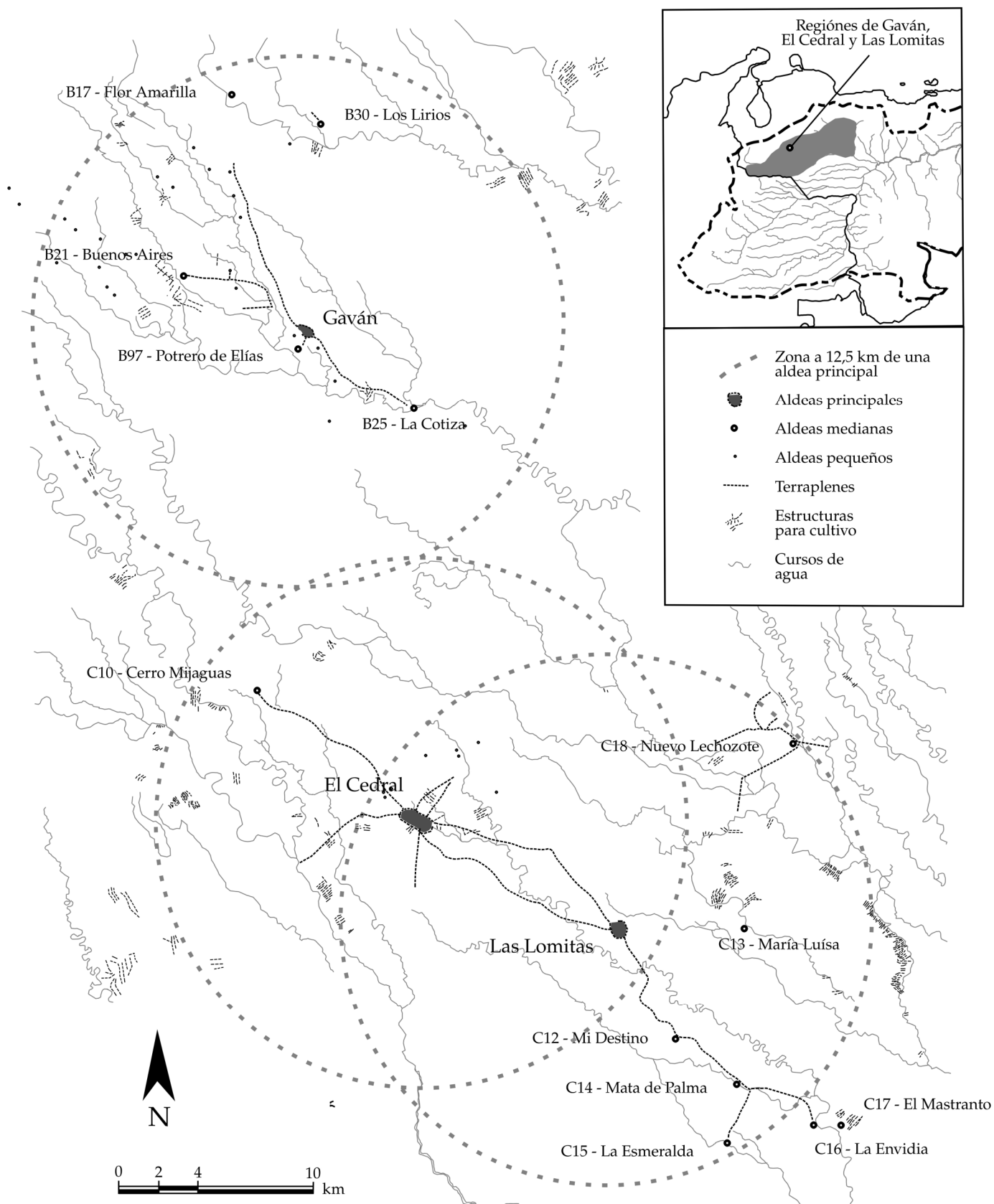


Figura 7. Posible extensión y superposición de las unidades políticas organizadas en torno a Gaván, El Cedral y Las Lomitas (basado en Vargas, 2011).

como fuente de proteínas; un cambio que pudo haber respondido tanto a razones culturales como a nuevas condiciones ambientales (Zucchi, 1975). Según Zucchi (1975) otras características resaltantes entre estos grupos eran: la práctica del canibalismo, la obtención de cabezas humanas a manera de trofeos, la ubicación de los cementerios dentro del área de los poblados y el tratamiento diferencial a los difuntos según su sexo (los hombres en urnas funerarias y las mujeres directamente en el suelo).

LA PENETRACIÓN EUROPEA Y EL CONTACTO - DATOS ETNOHISTÓRICOS

Entre los documentos escritos por los cronistas y conquistadores europeos que entraron en los llanos en el siglo XVI pueden encontrarse notas que indican que, aunque la agricultura seguía siendo practicada a gran escala, los antiguos terraplenes y montículos se encontraban abandonados y hacía mucho que en la zona no eran levantadas grandes obras de infraestructura. A mediados del siglo XVI, Cey indicaba: “Cuando estaban en prosperidad tenían poblaciones en las riberas de los ríos, en los bosques, con árboles plantados a mano y cultivados, y para que en invierno se pudiese ir de un pueblo a otro, habían hecho ciertos caminos altos, de tierra, como un bastión, donde más o menos, según crecía el agua, tenían ciertos desagüeros para poderla escurrir, y en algunos lugares, ciertos montículos con árboles, todo hecho a mano, donde se quedaban los que hacían de centinelas, para ver en la distancia si venían enemigos; cosas laboriosas y de no poca admiración, que dan a entender que se necesitaba, para hacerlas, un concurso de pueblo grandísimo” (Cey, 1994:78). Así mismo, en la Relación de Alonso de Pontes, sobre el reconocimiento del territorio llanero en 1583, al llegar al sur del Meta indica: “Y luego topé con unos cerrillos de tierras altas, la tierra arenosa, la cabeza muy corta a do había unos asientos de bohíos viejos...” (Ojer, 1960:83). Posteriormente, Juan de Castellanos en sus Elegías de Varones Ilustres de Indias, al referirse a la entrada de la expedición de descubrimiento del Río Apure, comandada por Miguel de Ochogavía en 1598, señaló: “En continuación de su jornada / tierra se descubrió más andadera / más en tiempo de aguas anegada / do

vieron prolijísima calzada, / que fue más de cien leguas duradera / con señales de antiguas poblaciones / y de labranzas viejos camellones” (Castellanos, 1997:266).

Las crónicas también describen el encuentro con indígenas que estaban experimentando intensos procesos de cambio, principalmente producto de la llegada europea a América. En esta zona, los efectos del descenso en la población y el desplazamiento se habían experimentado antes del contacto directo con los conquistadores, ya que las enfermedades, la guerra y los bienes europeos se habían propagado desde las costas caribeñas y la entrada del Orinoco. Nicolás Federmann en su primer viaje hacia el sur, en 1530, al intentar atravesar los llanos encontró pollos en un pueblo indígena (Federmann, 1962:213); y cerca del Río Meta, hacia 1536, Jorge Espira encontró guerreros que llevaban ornamentos de manufactura española. Seguramente esto se haya debido a la existencia de un sistema de comercio complejo y amplio que involucraba a un gran número de los grupos indígenas que habitaban los llanos y los afluentes del Orinoco.

Las investigaciones etnohistóricas que fueron realizadas por Nancy y Robert Morey en la década de 1970 nos dan una visión general de la diversidad de pueblos que ocupaban la región para el siglo XVI. Según ellos, los grupos indígenas de los llanos occidentales podrían ser divididos en tres categorías de acuerdo a sus principales medios de subsistencia: 1) Agricultores (Caquetío, Cuyba, Jirajara y Achagua), 2) Pescadores (Guayquerí y Guamo), y 3) Recolectores (Taparita, Amaiba, Dazaro, Masparro y Guahibo) (Morey, 1975; Morey y Morey, 1975).

Entre los agricultores, los caquetíos serían el grupo más grande y numeroso. Además de ocupar importantes áreas del noroccidente del país, en el área que estudiamos los caquetíos se distribuyeron entre el valle de Barquisimeto y los mayores ríos al norte de los actuales estados Portuguesa y Cojedes. Según las crónicas, muchas de estas villas habían estado organizadas entre si y dirigidas bajo el liderazgo central de un jefe o cacique. Es entre ellos que Federmann (1962) describe 23 villas fortificadas que podrían concentrar más de 30000 guerreros. Aunque se conoce poco de sus prácticas agrícolas, sabemos que entre sus principales cultivos estaban el maíz, el algodón, la calabaza, la yuca y la batata.

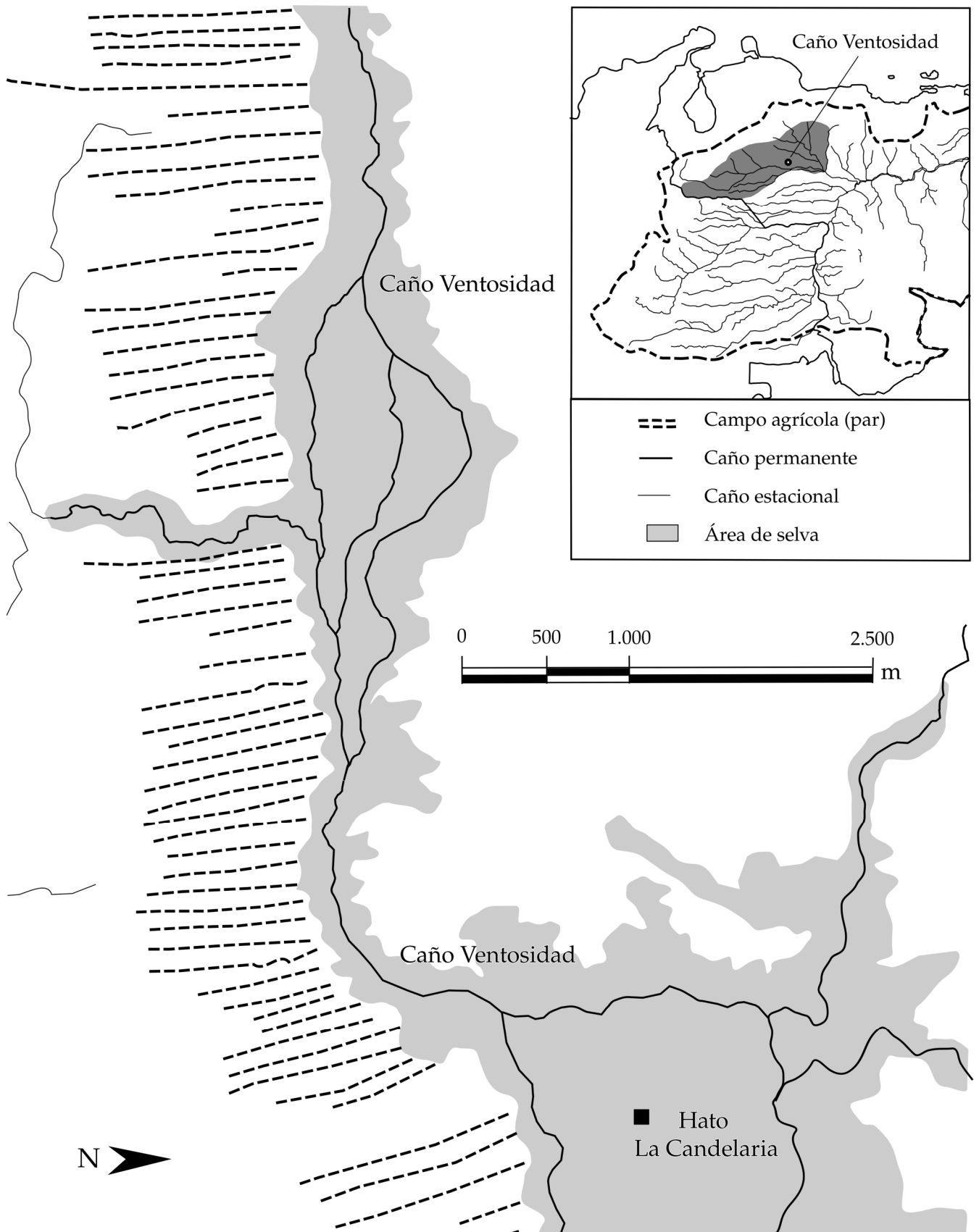


Figura 8. Sistemas de canales para el cultivo intensivo en Caño Ventosidad (modificado de Zucchi y Denevan, 1979).

Además, seguramente los que habitaban en áreas montañosas utilizaban algún tipo de sistema de irrigación. Los cuybas ocupaban el territorio al sur de los caquetíos (entre Acarigua y Cojedes). Aparentemente, aunque son mucho menos mencionados en las crónicas, tenían una organización similar a la de los caquetíos (Morey y Morey, 1975). Los jirajaras, habitaban regiones boscosas y se organizaban en comunidades pequeñas y dispersas, ocupando tanto las zonas montañosas como los llanos (particularmente en el área al sur del Río Acarigua). Los achaguas se extendían desde los llanos del Casanare hasta Barinas, a lo largo del Río Apure. Sus patrones residenciales se caracterizaban por la presencia de grupos diferenciados de pequeños caseríos distribuidos en torno a una “casa comunal”. Aunque estos grupos dominaban un área con grandes recursos de cacería y pesca, su subsistencia se basaba principalmente en la agricultura, siendo la yuca su cultivo principal (Morey, 1975; Morey y Morey, 1975).

Entre los pescadores se encontraban los guayquerís. Este fue un grupo que Federman observó intercambiar pescado con los caquetíos por productos agrícolas; por lo tanto, es posible que ocuparan el mismo territorio. Los guamos fueron otro grupo que, aunque practico cultivos en pequeña escala, se caracterizó por mantener una subsistencia basada principalmente en la pesca. Estos se establecieron principalmente en las cercanías de los ríos Acarigua, Cojedes, Pao, Guanare, Portuguesa y Guanaparo (Morey, 1975; Morey y Morey, 1975).

Finalmente, la categoría de “recolectores” le ha sido asignada a grupos con patrones de desplazamiento nomádicos, los cuales respondían a la explotación de los recursos silvestres del territorio. Entre éstos, los taparitas y amiabas se encontraban entre los ríos Cojedes y Portuguesa, los dazaros y los masparros entre los ríos Portuguesa y Masparro y algunas partes de Cojedes; y los guahibos, quienes han sobrevivido hasta la actualidad, se deben haber encontrado principalmente en las sabanas de Barinas. Este último grupo durante las temporadas secas se desplazaba hacia los ríos principales para pescar y recolectar huevos de tortuga y, durante las temporadas de lluvias, se desplazaba tierra adentro para cazar y recolectar frutos silvestres, raíces y nueces de palma (Morey, 1975; Morey y Morey,

1975).

Ahora bien, todos estos pueblos vivieron procesos dinámicos de crisis, adaptación y transformación a raíz de la penetración europea en la zona. Por ejemplo, entrando el Siglo XVII, habiendo sido reducidos a pequeños grupos aislados, los caquetíos migraron hacia el sureste para establecerse en áreas de menor influencia colonial. Así mismo, otros pueblos desaparecieron o mutaron, adoptando nuevas estrategias y modos de vida.

Tal y como los arqueólogos han tenido dificultades para dar seguimiento a poblaciones prehispánicas, historiadores y etnohistoriadores han visto limitado su acceso a los procesos de transformación y cambio de este período, ya que el registro documental correspondiente a los siglos XVI y XVII es escaso y difuso. Esto ha hecho que la mayoría de las investigaciones etnohistóricas, usen como principales fuentes las minuciosas descripciones elaboradas por los misioneros jesuitas, tales como la de Rivero (1956) o Gumilla (1963). Sin embargo, su uso debe acompañarse por la ponderación en su justa dimensión; pues siendo textos redactados en el siglo XVIII, brindan una visión del llano y sus poblaciones tras dos siglos de penetración europea en la región.

¿QUÉ HEMOS APRENDIDO EN ESTE CAMINO?

Tal y como hemos pretendido demostrar a lo largo de este texto, las investigaciones arqueológicas que han sido desarrolladas en los llanos altos occidentales de Venezuela desde la década de 1960 nos han permitido construir una visión diacrónica, marcada por complejos procesos de cambio y adaptación en tiempos que podríamos definir como de “larga duración”, tomando el concepto clásico de Braudel (1958).

Dar a conocer estos procesos supone una gran importancia contemporánea pues el llano es una zona cuyo desarrollo poblacional ha sido marginado, al menos en los últimos 200 años, desde una visión apoyada en la tradición historicista que ha generado la falsa noción de esta zona como un territorio que siempre ha contado con una baja densidad demográfica y una organización socio-política “pob-

re”; un territorio donde las principales actividades de subsistencia estaban confinadas exclusivamente a la agricultura de conuco y vega; así como a la ganadería tras el establecimiento europeo.

El camino recorrido por los arqueólogos nos ha permitido conocer el pasado prehispánico de la región a partir de tres etapas temporales. Sin embargo, éstas no han podido ser conocidas con el mismo nivel de detalles y profundidad. Principalmente, esto se debe que los investigadores han prestado una mayor atención al registro y sitios arqueológicos asociados al complejo La Betania y al “período intermedio”; los cuales, además de ser los más llamativos de la zona, también son los más numerosos y fáciles de localizar. Esto nos lleva a plantear la necesidad de realizar investigaciones enfocadas en otros períodos y complejos, con el fin de poder ofrecer un bosquejo más amplio y preciso de las características del pasado prehispánico de toda la región.

Aunque se plantean tres etapas claramente diferenciadas entre sí, no deja de presentarse una visión “consistente” e “interconectada” del pasado prehispánico de toda la región. Es en la cuarta y última sección donde, a pesar de pretender “enlazar” el discurso arqueológico, correspondiente al tiempo prehispánico, con el discurso etnohistórico, no parece lograrse ese objetivo. Más bien, pareciera desarrollarse una nueva línea discursiva, independiente y distanciada de los planteamientos y descripciones con respecto a los períodos previos.

Plantear esta desconexión, más que evidenciar un problema, supone presentar una “veta” de trabajo que pudiera ser prometedora, tanto para arqueólogos como para etnohistoriadores. Ésta, más que suponer el reconocimiento complementario de las “fuentes” en las que concentra su atención cada disciplina, tiene que ver con el reconocimiento de la necesidad de desarrollar “programas de investigación” con enfoques comunes: programas que procuren superar la distancia disciplinar, incorporar el conocimiento arqueológico del pasado prehispánico en el discurso historiográfico y aprovechar las herramientas y enfoques de manera complementaria, con el fin de superar los “vacíos” en nuestro conocimiento con respecto a los procesos de resistencia, cambio y adaptación vividos por los pueblos indígenas antes, durante y después de la conquista.

AGRADECIMIENTOS

Este recorrido por el pasado prehispánico de los llanos altos venezolanos solo fue posible gracias al tesonero e intenso trabajo de todos los arqueólogos que siguieron los pasos de la pionera, Alberta Zucchi, en la región. Son sus publicaciones las que nos han conducido a través de este camino. Entre todos ellos, agradezco especialmente a Rafael Gassón, quien me guió en mis primeros pasos en el mundo de la arqueología y el pasado prehispánico venezolano, aunque yo tempranamente me haya desviado de la senda marcada. Finalmente, agradezco profundamente a los editores de este volumen, Marcelo Sánchez-Villagra, Jorge Carrillo-Briceño, Arturo Jaimes, y Lilliam Arvelo por su revisión y recomendaciones, así como por toda la paciencia y el apoyo brindado; a los dos revisores anónimos por comentarios que ayudaron a mejorar esta contribución.

REFERENCIAS

- Alvarado L. 1989. Datos etnográficos de Venezuela (53–448 pp). En: *Lisandro Alvarado Obras Completas*. Caracas: La Casa de Bello.
- Arriojas M. 2016. *Caracterización de antropoles en el yacimiento C1, El Cedral, Edo. Barinas, Venezuela*. Tesis de maestría. Centro de Estudios Avanzados, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.
- Bingham H. 1909. *The Journal of an Expedition Across Venezuela and Colombia 1906–1907*. New Haven–London: Yale Publishing Association –T. Fisher Unwin.
- Braudel F. 1958. Histoire et sciences sociales. La longue durée. *Annales ESC* 13(4):725–53.
- Castellanos J. 1997. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: Gerardo Rivas Moreno Editor.
- Carvajal J. 1956. *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*. Caracas-Madrid: Ediciones EDIME.
- Cey G. 1994. *Viaje y descripción de las Indias 1539–1553*. Caracas: Fundación Banco Venezolano de Crédito.
- Cruent JM. 1952. Notes on Venezuelan Archaeology (280–294 pp). En: *Selected Papers of the XXIXth International Congress of Americanists: Indian Tribes of Aboriginal America III*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cruent JM. 1966. Apuntes sobre las calzadas de Barinas, Venezuela. *Boletín Informativo, Departamento de Antropología, IVIC* 4:10–24.
- Cruent JM, Rouse I. 1961. *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington: Unión Panamericana.
- Denevan W. 1991. Prehistoric Roads and Causeways of Lowland Tropical America (1–9 pp). En: Trombold C (Ed.),

- Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Federmann N. 1962. *Historia Indiana o primer viaje de Nicolas Federmann*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Garson A. 1980. *Prehistory, Settlement and Food Production in the Savanna Region of La Calzada de Paéz, Venezuela*. Ph.D. dissertation. Yale University, New Haven.
- Gassón R. 1987. *Evidencias arqueológicas sobre diversidad étnica y contacto cultural en los llanos occidentales de Venezuela*. Trabajo de grado. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Gassón R. 1997. Locational Analysis and Elite Activities in a Prehispanic Chiefdom of Western Venezuelan Llanos. *Antropológica* 88:3–32.
- Gassón R. 1998. *Prehispanic Intensive Agriculture, Settlement Pattern and Political Economy in the Western Venezuelan Llanos*. Ph.D. dissertation. University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Gassón R. 1999. El piedemonte oriental andino y los llanos altos de Barinas y Portuguesa (74–89 pp). En: Arroyo M, Blanco L, Wagner E (Eds.), *El Arte prehispánico de Venezuela*. Caracas: Fundación Galería de Arte Nacional, Editorial Exlibris.
- Gassón R. 2003. Ceremonial Feasting in the Colombian and Venezuelan Llanos: Some Remarks on Its Sociopolitical and Historical Significance (179–201 pp). En: Wittehead N (Ed.), *Histories and Historicities in Amazonia*. Lincoln – London: University of Nebraska Press.
- Gassón R. 2009. Apolo y dionisos en el occidente de Venezuela: antiguas sociedades complejas de los llanos de Barinas (17–41 pp). En: Sánchez CA (Ed.), *Economía, prestigio y poder. Perspectivas desde la arqueología*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Gassón R, Rey González JC. 2006. Cacicazgos cíclicos e intensificación agrícola en los llanos occidentales de Venezuela (141–158 pp). En: Valdez F (Ed.), *Agricultura ancestral: camellones y albarradas*. Quito: Abya-Yala.
- Gómez A, Gómez A. 1996. Estudio preliminar de un nuevo yacimiento arqueológico “La Cajara”. *Boletín Antropológico* 38:79–91.
- Gumilla J. 1963. *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Humboldt A von. 1985. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Jahn A. 1973. *Los aborígenes del occidente de Venezuela II*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Leal A, Gassón R, Behling H, et al. 2019. Human-made fires and forest clearance as evidence for late Holocene landscape domestication in the Orinoco Llanos (Venezuela). *Vegetation History and Archeobotany* 28:545–557.
- Morey N. 1975. *Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos*. Ph. D. dissertation. University of Utah, Provo.
- Morey R, Morey N. 1975. Relaciones comerciales en el pasado de los Llanos de Colombia y Venezuela. *Montalbán* 4:533–563.
- Ojer P. 1960. *Antonio de Berrío: Gobernador del Dorado*. Burgos: Imprenta Aldecoa.
- Oramas L. 1917. Apuntes sobre arqueología venezolana (138–145 pp). En: *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress I*. Washington: Government Printing Office.
- Pidgeon W. 1858. *Traditions of De-Coo-Dab*. New York: Horace Thayer.
- Pino Iturrieta E. 2018. *Historia mínima de Venezuela*. México: El Colegio de México.
- Redmond E, Spencer C. 1990. Investigaciones Arqueológicas en el Piedemonte y los Llanos Altos de Barinas, Venezuela. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4–24.
- Redmond E, Spencer C. 1995. Las Calzadas Prehispánicas de Barinas en su Contexto Regional. *Acta Científica Venezolana* 46:253–262.
- Redmond E, Spencer C. 2007. *Archaeological Survey in the Hight Llanos and Andean Piedmont of Barinas, Venezuela*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 86. New York: American Museum of Natural History.
- Redmond E, Gassón R, Spencer C. 1999. A Macroregional View of Cycling Chiefdoms in the Western Venezuelan Llanos. *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 9(1):109–129.
- Rey González JC. 2003. *Aportes al estudio macro-regional de las sociedades prehispánicas de los Llanos Occidentales Venezolanos: La configuración regional del área de El Cedral*. Trabajo de grado. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Rey González JC. 2011. ¿A dónde nos han llevado las calzadas? Sobre la descripción e interpretación de los terraplenes prehispánicos de los llanos occidentales venezolanos. *Antropológica* 115–116:101–127.
- Rivero J. 1956. *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Bogotá: Editorial Argra.
- Rodríguez J. 2002. *Zooarqueología comparativa de cacicazgos prehispánicos: Las regiones de El Cedral y Hato La Calzada, Estado Barinas, Venezuela*. Trabajo de grado. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Salas JC. 1997. *Etnografía de Venezuela (estados Mérida, Trujillo y Táchira): Los aborígenes de la cordillera de los Andes*. Mérida: Universidad de los Andes – Academia de Mérida.
- Sánchez F, Fernandez J Gassón R, et al. 2017. Paleocología y ocupación humana durante el Holoceno en los Llanos del Orinoco: una revisión y nuevos datos. *BioLlania* 15:297–333.
- Sanoja M, Vargas I, Medina Rubio A, et al. 2017. *El pueblo venezolano. 15.000 años de historia*. Caracas: Centro Nacional de Estudios Históricos.
- Spencer C. 1998. Investigating the Development of Venezuelan Chiefdoms (104–137 pp). En: Redmond E (Ed.), *Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas*. Gainesville: University of Florida Press.
- Spencer C. 2013. The Competitive Context of Cooperation in Pre-Hispanic Barinas, Venezuela (197–221 pp). En: Carballo DM (Ed.), *Cooperation and Collective Action*. Boulder: University Press of Colorado.
- Spencer C, Redmond E. 1992. Prehispanic Chiefdoms of the Western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24(1):134–157.
- Spencer C, Redmond E. 1998. Prehispanic Causeways and Regional Politics in the Llanos of Barinas, Venezuela. *Latin American Antiquity* 9(2):95–110.

- Spencer C, Redmond E. 2014. *A Pre-Hispanic Chiefdom in Barinas, Venezuela; Excavations at Gaván-Complex Sites*. Anthropological papers of the American Museum of Natural History, 100. New York: American Museum of Natural History.
- Spencer C, Redmond E. 2015. Dual organization and social inequality in a Venezuelan chiefdom, AD 550–1000. *Journal of Anthropological Archaeology* 40:135–150.
- Spencer C, Redmond E, Rinaldi M. 1994. Drained Fields at La Tigra, Venezuelan llanos: a regional perspective. *Latin American Antiquity* 5(2):119–143.
- Vargas JC. 2011. *Patrones de asentamiento y distribución de recursos agrícolas en dos unidades políticas prehispánicas en los llanos occidentales de Venezuela*. Tesis de maestría. Centro de Estudios Avanzados, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.
- Vargas JC. 2015. La arqueología de la guerra y el surgimiento de sociedades complejas en los llanos del Orinoco. *Revista Colombiana de Antropología* 51(2):147–172.
- Vargas JC. 2017. *Complex societies, leadership strategies and agricultural intensification in the llanos of Casanare, Colombia*. Ph.D. dissertation. University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Villalba R. 2004. *Elementos para la comparación de patrones de diferenciación social en el sitio Lomitas Florideñas, Estado Barinas, Venezuela: un estudio introductorio*. Trabajo de grado. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Zucchi A. 1966. Nueva forma cerámica en la arqueología del occidente venezolano. *Boletín Informativo, Departamento de Antropología, IVIC* 4:25–29.
- Zucchi A. 1967. *La Betania: Un yacimiento arqueológico del occidente de Venezuela*. Tesis doctoral. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Zucchi A. 1972a. Aboriginal Earth Structures in the Western Venezuelan Llanos. *Caribbean Journal of Science* 12(1–2):95–106.
- Zucchi A. 1972b. New Data of the Antiquity of Polychrome Painting from Venezuela. *American Antiquity* 37(3):439–446.
- Zucchi A. 1975. *Caño Caroní. Un grupo prehispánico de la seba de los llanos de Barinas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Zucchi A. 1978. La variabilidad ecológica y la intensificación de la agricultura en los llanos venezolanos (348–365 pp). En: Wagner E, Zucchi A (Eds.), *Unidad y variedad: ensayos en homenaje a J. M. Crucent*. Caracas: Centro de Estudios Avanzados, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.
- Zucchi A. 1984. Alternative interpretations of pre-columbian water management in the Western Llanos of Venezuela. *Indiana* 9:309–327.
- Zucchi A. 1999. La realidad arqueológica de los Llanos Occidentales (62–73 pp). En: Arroyo et al. (Eds.), *El arte prehispánico de Venezuela*. Caracas: Fundación Galería de Arte Nacional - Editorial Exlibris.
- Zucchi A, Denevan W. 1979. *Campos Elevados e Historia Cultural prehispánica en los Llanos Occidentales de Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.